

El matrimonio *sí* importa

*Tres aspectos clave del
pacto matrimonial*

Tony Evans



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Marriage Matters* © 2010 por Anthony T. Evans y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El matrimonio sí importa* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1234-9
ISBN 978-0-8254-0368-2 Kindle
ISBN 978-0-8254-8496-4 epub

1 2 3 4 5 / 16 15 14 13 12

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

1. La trascendencia: El origen del matrimonio	5
2. La jerarquía: El orden del matrimonio	29
3. La ética: El funcionamiento del matrimonio	51

LA TRASCENDENCIA: EL ORIGEN DEL MATRIMONIO

Para demasiadas personas, el tema del matrimonio es como un circo de tres pistas. Primero, viene el anillo de compromiso, redondo. Luego, la alianza de boda, redonda también. Luego, el sufrimiento, un círculo vicioso.

Una mujer me dijo que se casó porque iba buscando al hombre excelente, pero la búsqueda pronto se convirtió en algo exigente, y ahora lo que anda buscando es a algún suplente. Un hombre me dijo que él y su esposa fueron felices durante veinte años... y luego se casaron.

Hoy día son muchas las personas decepcionadas con el matrimonio. Se despiertan una mañana y descubren que la realidad en la que viven dista muchísimo de lo que habían soñado o imaginado. Debido a esto, algunos abandonan el matrimonio con tanta velocidad como entraron en él.

Además de esto, hoy día la ruptura de un matrimonio no parece tener la misma gravedad que tenía

en el pasado. Los llamados «divorcios incausados» ofrecen la posibilidad de una separación amistosa. Mi pregunta es: si es tan amistosa, ¿por qué no siguen casados? Lo que experimentamos hoy día es el fin de un matrimonio sin el menor asomo de remordimiento.

Esto me recuerda a un hombre que fue a un partido de la Super Bowl. El estadio estaba abarrotado, pero el asiento que tenía al lado estaba libre. El hombre que tenía detrás le preguntó cómo era posible. El otro le contestó: «Este asiento era para mi esposa. Tendría que estar aquí, pero falleció».

El otro hombre le ofreció sus condolencias y le preguntó si no tenía algún amigo a quien haber invitado al partido, en vez de dejar el asiento vacío. El otro le respondió: «Sí que lo hice, pero todos mis amigos me dijeron que preferían ir al funeral».

Me doy cuenta de que estoy bromeando con un asunto muy serio, pero lo hago para ilustrar cómo parece que hoy día nadie valora ya la importancia de los votos nupciales. Las estadísticas nos recuerdan lo que ya sabemos, ya sea por experiencia personal o por la de nuestros amigos: que más del 50% de matrimonios acaban en divorcio. Más de la mitad de las promesas que dicen «hasta que la muerte nos separe» se incumple.

Debido a esto, lo que me gustaría analizar es la naturaleza del acuerdo que aceptamos cuando nos casamos. Si no lo comprendemos, no estaremos motivados para protegerlo. Lo que es peor, tampoco estaremos en posición de beneficiarnos de él.

Un día un muchacho perdió una de sus lentes de contacto. Pasó bastante tiempo intentando encontrarla, pero sin éxito. Al final se lo contó a su madre. La madre del chico comenzó a buscar la lente con él y la encontró en cuestión de minutos. El muchacho le preguntó: «¿Cómo es que has encontrado esa lente de contacto en solo unos minutos, cuando yo llevo media hora buscándola?».

La madre respondió: «Es sencillo. No la encontraste porque andabas buscando una lente de contacto. Yo la encontré porque buscaba 250 dólares».

Todo depende del punto de vista.

Hoy día nuestros matrimonios se deterioran a un ritmo tan acelerado no porque ya no nos llevemos bien, sino porque hemos perdido de vista el propósito y la prosperidad del pacto matrimonial.

Actualmente la mayoría entiende el matrimonio como una forma de buscar el amor, la felicidad y la realización personal. No nos equivoquemos con esto: estas cosas son importantes. Son cuestiones cruciales. No son sólo las más importantes, o las más críticas. Sin embargo, como hemos convertido lo segundo en lo primero, por importantes que sean las cosas que están en segundo lugar, tenemos problemas para encontrar nada.

Antes de que concluyamos el tiempo que pasaremos juntos en esta guía matrimonial, quiero que usted contemple el matrimonio desde un punto de vista diferente. Quiero que lo entienda de otra manera.

El matrimonio es un pacto. Es una unión de pacto diseñada para fortalecer la capacidad que tiene cada

cónyuge para cumplir el plan de Dios en su vida. El matrimonio sí importa.

LA DESCRIPCIÓN QUE HACE DIOS DEL MATRIMONIO

Empezaremos leyendo en el libro de Malaquías. En este libro, Dios se queja de su pueblo porque ellos se han apartado de Él. Se han desviado del plan que Dios tenía para sus vidas.

Una de las quejas de Dios la encontramos en el capítulo 2, versículos 13 y 14. Leemos:

«Y esta otra vez haréis cubrir el altar de Jehová de lágrimas, de llanto, y de clamor; así que no miraré más a la ofrenda, para aceptarla con gusto de vuestra mano. Mas diréis: ¿Por qué? Porque Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto».

¿Lo ha captado? El pasaje identifica concretamente el matrimonio como un «pacto». El término «pacto» solía vincularse regularmente al concepto del matrimonio. Esta palabra se ha perdido en nuestro lenguaje contemporáneo, pero es la descripción bíblica del matrimonio que se usa a lo largo de todas las Escrituras.

Los problemas vienen cuando no nos damos cuenta de que el matrimonio *es* un pacto, y cuando no sabemos qué es un pacto. Porque si no sabemos lo que es, no sabemos lo que se supone que debe-

mos tener, desarrollar o proteger con el paso del tiempo. Es como intentar dar en el centro de una diana inexistente.

Para la mayoría de personas, un pacto no es más que una especie de disposición contractual formal. Aunque esto es cierto cuando hablamos de la naturaleza de un pacto, éste es mucho más que eso. En la Biblia, un pacto es una relación espiritualmente vinculante entre Dios y su pueblo, que incluye ciertos acuerdos, condiciones, beneficios y efectos.

**EL MATRIMONIO ES UNA UNIÓN DE
PACTO DISEÑADA PARA FORTALECER
LA CAPACIDAD QUE TIENE CADA
CÓNYUGE PARA CUMPLIR EL PLAN DE
DIOS EN SU VIDA.**

Siempre que Dios quiso formalizar su relación con su pueblo, estableció un pacto. En la Biblia hallamos unos cuantos acuerdos de este tipo, como el pacto con Abraham, el pacto mosaico, el pacto davídico y el nuevo pacto. Éstas son las disposiciones formales que son espiritualmente vinculantes, en una capacidad legal, entre Dios y su pueblo.

El matrimonio es otra forma de pacto que Dios ha establecido.

Lo que haremos a lo largo de este capítulo y de los siguientes es profundizar en el propósito y en los aspectos prácticos del matrimonio, así como en las

tres facetas fundamentales que componen un pacto: la trascendencia, la jerarquía y la ética.

Si usted puede asimilar, adueñarse y aplicar estas verdades en su vida, tendrá una perspectiva teocéntrica sobre el matrimonio, que influirá no solo en el resto de su vida, sino en el de muchas generaciones venideras.

LA PRIMERA FACETA DEL PACTO:

LA TRASCENDENCIA

La primera faceta de un pacto es un término teológico importante: *trascendencia*. (En capítulos posteriores abordaremos las otras dos facetas, la jerarquía y la ética). La trascendencia significa, sencillamente, que Dios es quien manda. Los pactos los inicia y los dirige Dios.

Ahora bien, esto puede parecer una afirmación evidente, sobre la que no necesitamos reflexionar mucho, pero la trascendencia es un principio clave en un pacto. Para que un pacto funcione con éxito, proporcionando los beneficios y la seguridad propios de esta disposición, debe establecerse según las expectativas y las regulaciones de Dios.

Los pactos nunca pueden funcionar sin la participación constante de Dios. Los pactos bíblicos, espirituales y teológicos asumen la integración de Dios en todos los aspectos de la relación de pacto para que este funcione.

Cuando se rechazan las realidades prácticas de Dios de la relación matrimonial de pacto, esto se convierte en una invitación para que el diablo

siembre el caos en el hogar. Esto sucede porque nos hemos apartado de la trascendencia.

Dado que, en última instancia, Dios es quien gobierna el pacto matrimonial, el primer lugar que debemos consultar para obtener los datos con los que forjar un matrimonio con propósito es el punto de vista que tiene Dios de él.

EL PUNTO DE VISTA DE DIOS SOBRE EL MATRIMONIO

La mayoría de personas aprende acerca del matrimonio partiendo de una fuente equivocada. Aprenden sobre el matrimonio por medio de la televisión, sus amigos o el hogar donde crecieron. Si usted creció en un hogar que funcionaba bien, es fantástico. Pero muchos no lo hicieron, de modo que el hogar, junto a los medios de comunicación y los amigos, suelen combinarse para generar una perspectiva distorsionada del pacto matrimonial.

Sin un marco de referencia divino, nos alejaremos de la fórmula de Dios para una relación saludable y productiva. ¿Cuál es el marco divino de referencia? Dios, en un momento tan temprano como el huerto del Edén, nos dio su punto de vista por medio del primer matrimonio.

Una de las reglas para estudiar la Biblia se llama la Ley de la Primera Mención. Ésta afirma, sencillamente, que si queremos saber lo que dice Dios respecto a un asunto, hemos de examinar la primera vez que toca el tema. Esto lo hacemos porque, típicamente, la primera vez que lo toca dice lo que piensa

al respecto. Todo lo demás se fundamentará sobre esa primera vez. Aunque los comentarios posteriores pueden añadir algo o ampliarlo, no contradicen lo dicho en esa primera mención a menos que Él mismo diga que, en un momento posterior, lo contradicen.

El matrimonio nace en el libro de Génesis. Antes de que hubiera pecado hubo matrimonio. El matrimonio estaba inserto en un entorno sin pecado creado por Dios. Fue puesto allí con un propósito, que descubriremos a medida que profundicemos en los primeros capítulos.

«Y SEÑOREE»

Cuando leemos el primer capítulo del libro de Génesis, descubrimos que Dios ha estado muy activo creando muchas cosas distintas. Ha creado los cielos y la tierra de tal manera que sean funcionales, vibrantes y rebosantes de vida.

El quinto día, Dios formó las criaturas que vivirían sobre la tierra. Entonces, en el sexto, llegó a la cúspide de sus propósitos creativos: creó a la humanidad.

Leamos unos pocos versículos en Génesis capítulo 1. Dice:

«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les

dijo: Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Gn. 1:26-28).

Notemos que en el versículo 26, leemos que «dijo Dios...».

En el versículo 27, vemos que «creó Dios...».

Y en el versículo 28, leemos que «los bendijo Dios...». Dios dijo, luego creó, y al final bendijo. No perdamos esto de vista, porque demuestra que el origen del pacto matrimonial procede directamente de Dios. Éste es un punto esencial que hemos de recordar, como veremos más adelante.

**SIN UN MARCO DE REFERENCIA
DIVINO, NOS ALEJAREMOS DE LA
FÓRMULA DE DIOS PARA UNA
RELACIÓN SALUDABLE Y PRODUCTIVA.**

Lo primero que dijo Dios es que la humanidad fuera hecha «a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree...». Tenga cuidado de no leer esto demasiado rápido, porque lo que acabamos de leer es una afirmación impresionante. Es una proposición que va más allá de toda comprensión, pero que, sin embargo, se pasa a menudo por alto.

Aquí tenemos a Dios creando al hombre, varón y hembra, y tras hacerlo, les ofrece un objetivo común.

Él dice que su meta común es ejercer dominio sobre el mundo en el que les ha colocado.

Dios dice que la humanidad será el reflejo de su imagen sobre la tierra, pero luego dice que hay algo más que eso para ellos. Les va a permitir «señorear». Permitirá que la humanidad ejerza dominio y autoridad.

Lo que vemos en el versículo 26 es a un Dios que delega en la humanidad la plena responsabilidad de administrar su creación terrenal. Dios decide controlar indirectamente los asuntos del mundo permitiendo que la humanidad ejerza un dominio directo. Ha puesto en la Tierra a un agente que será su representante, para cumplir en la historia los deseos de Él desde la eternidad.

Dios no solo delega la administración del mundo, sino que da al ser humano la libertad, la responsabilidad y el derecho de gobernar en nombre de Él, como propietario. Pero lo que no hace, fijémonos bien, es *obligar* al hombre a administrar. Dice «y señoree», pero no que *le hará* señorear.

Lo que esto significa es que usted puede tener un matrimonio feliz o desgraciado dependiendo de si su gestión refleja la imagen de Dios o no. Dios no le obligará a señorear. No le hará tener un matrimonio feliz. Él establece los fundamentos de un pacto, y le da la oportunidad de utilizarlos.

A menudo, el bienestar del hogar está determinado por si el hombre refleja la imagen de Dios en su papel, o si la mujer le refleja en el suyo. Una vez se rompe ese espejo, el reflejo que se supone debe tener

lugar en la relación se rompe con él. Prácticamente siempre que se produce una ruptura matrimonial, se debe a que una o las dos partes funcionan fuera del aspecto fundamental de la trascendencia, propio del pacto. Son como un espejo roto.

Dios dice: «Yo estoy al mando. He hecho al hombre a mi imagen. Y ahora le permito que dirija las cosas dentro de los parámetros que he establecido». Ésta es mi traducción contemporánea de este pasaje de Génesis.

Pero no confundamos lo que Dios está diciendo. Dios no renuncia a la propiedad de nada cuando delega el gobierno. El Salmo 24 nos lo dice claramente: «De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo, y los que en él habitan» (Sal. 24:1). Dios sigue reclamando la propiedad. Pero, aunque lo hace, también concede libertad.

Esta verdad explica muchas cosas que a menudo la gente se pregunta. Son cosas como: «Si Dios es Dios, ¿cómo es que ha sucedido esto tan espantoso?». O «¿Por qué ha sucedido esa tragedia?», o «¿Cómo es que existe el caos, si Dios es un Dios de orden?»

Las cosas pasan, y el caos se produce porque Dios ha dicho: «y señoree». Dios ha dado al hombre la libertad, y la responsabilidad, de gobernar, para bien o para mal, para sí o para no, y para producir un impacto positivo o negativo.

Lo que Satanás intenta que hagamos es renunciar a nuestro gobierno, cediéndoselo cuando nos engaña diciendo que él tiene autoridad, o bien obligarnos a gobernar mal basándonos en nuestros

propios juicios y puntos de vista distorsionados. Para ser los gobernantes que Dios quiere que seamos, tendremos que administrar con sabiduría bajo la trascendencia divina. Entonces es cuando pondremos por obra, completamente, el diseño de Dios para nuestras vidas.

LOS PARÁMETROS DE GOBIERNO

Dios reina sobre todo, pero ha delegado el dominio, en este momento único de la historia en que la humanidad vive en la Tierra. Esto lo vemos en el libro de los Salmos. El Salmo 115 dice: «Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres» (v. 16).

Lo que significa esto es que Dios ha decidido respetar las decisiones que tome usted, y que buena parte de los actos de Él estarán determinados por lo que usted haga. Muchas personas están sentadas, esperando que Dios actúe, pero a menudo Dios espera que sea el hombre quien haga algo. Si bien ha establecido una base de límites soberanos, una esfera a la que no permitirá el acceso humano, también ha abierto simultáneamente un campo en el que somos nosotros quienes deciden las cosas, dejando que Él responda en consecuencia.

Dios no ha renunciado a su soberanía, pero nos ha otorgado una tremenda capacidad de dominio.

COMA LIBREMENTE

Si dejamos el capítulo 1 de Génesis y pasamos al 2, descubrimos más cosas sobre este dominio: «Y

mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gn. 2:16-17).

Quiero que se dé cuenta de que Dios dice primero lo que *podemos* tomar de ese huerto. Dios dice que podemos comer libremente «de todo árbol del huerto». Lo que hacemos a menudo, igual que el legalismo, es leer ese pasaje u otros parecidos y centrarnos en el acto que nos está prohibido. Esto lo hacemos sin tener en cuenta los cientos de cosas que Dios nos ha dicho que tenemos libertad para disfrutar.

**DIOS REINA SOBRE TODO, PERO
HA DELEGADO EL DOMINIO,
EN ESTE MOMENTO ÚNICO
DE LA HISTORIA EN QUE LA
HUMANIDAD VIVE EN LA TIERRA.**

Siempre que nuestra lista de «no puedo tener» o «no puedo hacer» es más larga que nuestra lista de lo que somos libres para hacer, entonces hemos ido más allá de lo que dicen las Escrituras. La esencia de la vida cristiana debe medirse por lo que podemos disfrutar, no por lo que tenemos prohibido.

Dios dice: «De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal

no comerás...». En otras palabras, usted es libre para disfrutar de todo lo que Dios le ofrece, excepto una única cosa que le daría la oportunidad de determinar por sí solo lo que es bueno o malo, correcto o erróneo. Esta regla no es una opción. Debemos vivir según la revelación divina, no la inclinación humana. Ésta era la limitación que se le puso a la humanidad no solo para protegernos y guiarnos, sino también para recordarnos nuestra subordinación a Dios.

EL CUIDADO DEL HUERTO

Esto nos lleva a la impresionante realidad sobre el matrimonio cuyas implicaciones trascienden con creces todo lo que usted podría esperar. Antes examinamos Génesis capítulo 1, donde vimos que Dios hizo al hombre a su propia imagen. El capítulo 2, como descubriremos, nos dice qué hizo Dios, cómo lo hizo y cuál fue su motivación. El capítulo 2 explica los detalles del resumen contenido en el capítulo 1.

Dios ha hecho un huerto. Ha creado un lugar único para el servicio, y dentro de esa esfera ha hecho a Adán un llamado único. A diferencia de los animales, a los que Dios creó en grupos, Dios no hizo al hombre así. Hizo al hombre mediante un proceso distinto, y por un motivo diferente.

En el capítulo 2 leemos acerca de este proceso: «Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él» (Gn. 2:18). Lo primero que quiero destacar de este pasaje es que es Dios quien da las instrucciones. No vemos que Adán se queje. Adán no dice: «¡Oh, no! Tengo

veinticinco años y aún no me he casado. ¿Por qué no envías a alguien que me ayude? ¡Estoy tan solo!».

No, hasta ese momento Adán ha funcionado muy bien como soltero. ¿Qué hace que se sienta tan contento y satisfecho? Está contento porque ha cumplido su llamamiento. Ha estado trabajando en su huerto. Ha estado haciendo lo que fue creado para hacer dentro de la esfera que Dios construyó para él.

Por favor, dése cuenta de que, antes de que Dios crease a la mujer, hizo a Adán y le dio un trabajo. Lo primero que hizo fue decirle a Adán que trabajase. De esta manera, Adán conoció la responsabilidad frente a Dios antes de que se le diera una nueva sobre la mujer.

Cuando un hombre no ha aprendido a tener responsabilidad hacia Dios (señores, ahora me dirijo a ustedes), será irresponsable respecto a la persona sobre la que ha sido puesto. Entonces, cuando una mujer está sujeta a un hombre irresponsable, se ha abierto a la posibilidad de tener una vida frustrante. Por eso lo primero que hizo Dios cuando creó a Adán fue otorgarle un llamamiento y una responsabilidad.

En el versículo 15 leemos: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase». El verbo hebreo para «guardar» es el término que en español significa «vigilar, proteger». Adán debía hacer ambas cosas con el huerto. Allí es donde estaría su hogar. Y ese espacio era el que debería supervisar.

La pregunta que debemos formularnos es: ¿de qué debía proteger Adán el huerto? Éste es un mundo perfecto. Bueno, en realidad, no del todo. Es un entorno sin pecado, pero en él ya hay una serpiente que volverá a aparecer en el capítulo 3. El diablo ya está dentro.

El llamado y la responsabilidad de Adán eran proteger el huerto frente al diablo, porque cuando éste entrara en él, haría estragos. En ocasiones, el diablo es el vehículo para el caos que padecemos en nuestros matrimonios y en nuestras vidas. Sé que como pareja a veces discutimos y pensamos que el problema es la otra persona. Pero eso es exactamente lo que quiere el diablo. Quiere que usted piense que el origen del problema es la otra persona.

Quiere que crea esa falsedad porque sabe que cuando la persona con la que discute no es el verdadero problema, usted nunca resolverá el problema auténtico. Se trata de un problema espiritual provocado por nuestras propias naturalezas pecaminosas, o por un Enemigo de Dios rebelde y astuto.

Hasta que admitamos el aspecto de pacto de la trascendencia en nuestros matrimonios (que Dios instituyó el matrimonio y, por consiguiente, está al mando, lo cual conlleva que su punto de vista debe ser el nuestro), nunca experimentaremos la relación productiva, pacífica y con propósito que fuimos diseñados para tener. No la disfrutaremos porque seguiremos mirando la vida a través de las limitaciones de los ojos físicos. Nos perderemos los vínculos establecidos en el ámbito espiritual.

El matrimonio es un pacto creado para mejorar la capacidad de cada cónyuge para hacer en la Tierra lo que Dios ha decidido en el cielo.

LA AYUDA IDÓNEA

Antes de que Dios diera una esposa al hombre, le confió un llamado. Le dio un huerto, un lugar donde plantar y que debía proteger. También le dio una responsabilidad. Entonces le dio algo más.

Lo leemos en nuestro pasaje, que sigue diciendo:

«Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él. Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre» (Gn. 2:19-22).

Parece que Dios esté haciendo el papel de Cupido, ¿no? Hace de casamentero. Dios dice: «Adán, eres bueno, pero no tanto. Eres grande, pero no tanto. Adán, necesitas ayuda».

Para que Adán pueda hacer lo que Dios le ha dicho que haga, necesitará a alguien que le ayude.

Nunca alcanzará su máximo potencial, porque está incompleto. Pero él no lo sabe, de modo que Dios le ordena que empiece a hacer algo que le manifestará su propia necesidad.

Cuando Adán empezó a poner nombre a los animales del huerto, pudo darse cuenta de que cada animal tenía una pareja. El Sr. Antílope tenía a la Sra. Antílope, el Sr. Búfalo a la Sra. Búfalo, el Sr. Pingüino a la Sra. Pingüino. Por medio del proceso de cumplir con sus obligaciones, Dios reveló a Adán su necesidad.

Dios hizo que Adán descubriera lo que le faltaba. Todos los demás seres tenían a alguien como ellos, pero Adán no. Démonos cuenta de que Dios no dio a Adán una esposa hasta que le llevó a darse cuenta de que tenía esa necesidad. Atribuimos más valor a algo o a alguien cuando pensamos que satisface una necesidad. Una de las quejas más frecuentes que escucho en las sesiones de asesoramiento con parejas casadas es que uno de los cónyuges no se siente necesario. Dentro de una unión de pacto, los dos cónyuges son necesarios.

Dios vio a Adán y dijo: «No es bueno» que estuviera solo. De hecho, ésta es la primera cosa que Dios califica como «no buena». Hasta ese momento, Dios ha estado diciendo que todo era bueno. Todo lo que ha creado es bueno. Pero ahora que Adán está por ahí, haciéndolo todo a solas, Dios dice: «Esto no es bueno. El hombre necesita ayuda».

La pregunta sobre la mesa es: ayuda, ¿para hacer qué?

CREADA COMO AYUDANTE

¿A lo mejor Adán necesitaba ayuda para lavarse la ropa? Seguramente no, dado que no tenía. ¿O quizá necesitaba a alguien que limpiara la cáscara de coco vacía que usaba para beber agua? ¿O que le despertara a la hora correcta para que siguiera con su trabajo de poner nombre a los animales? ¿O para asegurarse de que tuviera listo su desayuno? Pero pensándolo bien, si ése es el tipo de ayuda que necesitaba Adán, podría haberlo hecho una criada.

En la Biblia leemos que Dios no hizo una simple criada, sino que «elaboró» una mujer. Diseñó a Eva. El verbo «elaborar», presente en algunas versiones, no es el mismo término que se usa para decir que Dios creó al hombre. Cuando Dios hizo al hombre, se inclinó y tomó polvo del suelo, lo amontonó y dijo: «Ahí está, el hombre».

DIOS DICE: «ADÁN, ERES BUENO, PERO NO TANTO. ERES GRANDE, PERO NO TANTO. ADÁN, NECESITAS AYUDA».

Pero cuando leemos que Dios creó a Eva, dice que la «elaboró», que la «formó». «Elaborar» algo significa construirlo con mucho detalle. Dios tomó la costilla de Adán y, con ella, creó cuidadosamente una mujer. Dios hizo a la mujer de forma que fuera totalmente distinta al hombre, pero al mismo tiempo

una consumación de éste. Por tanto, si Adán quería recuperar su costilla, tendría que aceptar mucho más de lo que había tenido al principio.

Dios concedió a Adán una ayuda idónea para satisfacer su necesidad de cumplir el mandato que Dios le había dado antes, que era el de señorear. Dios no dio Eva a Adán sólo para que estuviera acompañado. Dios dio Eva a Adán para que tuviera a alguien con quien colaborar para alcanzar la meta para la que había sido creado.

Dios no elaboró a Eva a partir de la nada, señoras, para que pudiera existir sola. Formó a Eva a partir de la costilla de Adán para que tuviera a alguien con quien colaborar en su propósito divino: señorear.

COMPLEMENTO, NO CONTRADICCIÓN

A la luz del plan divino para la plenitud del matrimonio, una de las afirmaciones más desinformadas que puede hacer un esposo o una esposa es: «No somos compatibles». A veces se expresa diciendo «No tenemos nada en común» o «Somos tan diferentes como la noche y el día». Por supuesto que lo son: ¡si los dos fueran iguales, uno de los dos sería innecesario! El motivo de que se necesiten mutuamente es porque son distintos. A uno le gusta el café, al otro el té. Uno se acuesta temprano, el otro tarde.

Una de las bendiciones más dulces que Dios me ha dado es una mujer que tiene una personalidad totalmente diferente a la mía. Yo tengo una personalidad extravertida, exuberante, pública, mientras que mi esposa es sosegada y serena. Somos diferentes,

y esto responde al plan divino. Como nuestras personalidades contrastan, cuando me paso de extravertido, su reserva me mantiene dentro del límite, y cuando ella es demasiado reservada, mi entusiasmo le hace avanzar.

De vez en cuando esto provoca fricciones, porque cuando ella es demasiado pausada yo me irrito un poco, y cuando yo soy demasiado entusiasta ella se molesta. Pero lo importante no son nuestras diferencias; se supone que debemos ser distintos. Lo importante es hacer que esas diferencias que Dios nos ha dado funcionen a nuestro favor, no en nuestra contra.

Desde que el pecado entró en el mundo, hemos perdido nuestra comprensión de cómo hacer que las diferencias se complementen mutuamente. Si nos limitásemos a buscar lo que Dios quiere enseñarnos por medio de la pareja que nos ha dado, creceríamos en vez de quejarnos.

Puede que usted diga: «No creo que fuera Dios quien me dio a mi pareja». ¡Es demasiado tarde para esa conclusión! Dios le enseñará a amar y a aprender de la persona con quien comparte su vida. Usted y su cónyuge no tienen problemas debido a ninguna diferencia que no pueda resolverse aplicando las pautas de Dios para hacer que sean complementarias en vez de contrapuestas.

LA ACEPTACIÓN DEL AYUDANTE DIVINO

Si volvemos a centrarnos por un momento en los hombres, creo que nuestra cultura ha distorsionado a menudo la manera de ver a las mujeres, y quiero

hablar de este tema. El motivo por el que Dios da una esposa a un hombre no es para que pueda disponer de cocinera, criada o compañera de entretenimientos, sino porque el hombre no dispone de todo lo que necesita para dirigir bien. La mejor manera de explicar la palabra «ayudante» es como alguien capaz de colaborar para cumplir un propósito. Si no hubiera ayuda, Adán sólo podría gobernar parcialmente, nunca plenamente.

Permítame ser más directo: el primer motivo por el que Dios creó a Eva no tuvo nada que ver con la sexualidad o la procreación. Tuvo todo que ver con el dominio. Los animales procrean, pero éstos no fueron creados para tener dominio. Lo que diferencia a Adán y Eva de los animales es que se les dio la responsabilidad y el destino exclusivos de señorear.

Cuando un hombre rechaza la presencia saludable y colaboradora de una mujer, ha eclipsado el gobierno de Dios en su propia vida. Por lo tanto, ha limitado lo que Dios es libre para hacer en él y por medio de él al darle autoridad espiritual, puesto que ha rechazado la ayuda ordenada por Dios.

Varones, si Dios les ofrece la ayuda, es porque la necesitan. Si no aprovechan esa ayuda, no la reciben. Es decir, que no ejercen el pleno dominio para gobernar en la esfera en que Dios les ha colocado.

La palabra «idónea», al analizar el texto más a fondo, significa «contribuyente esencial». Se trata de alguien destinado concretamente a complementar y completar. En otras palabras, el punto de vista de una mujer no es información adicional, sino algo

esencial. La presencia de una mujer no es meramente ornamental, es vital para ampliar la oportunidad del dominio.

Siempre que un hombre casado tome una decisión importante sin consultar con su esposa, para obtener primero la perspectiva informada de ella, tomará la decisión sin contar con los componentes necesarios para decidir bien.

Los hombres suelen defender sus decisiones mediante la lógica. Las mujeres no solo aportan su lógica a la ecuación, sino dado que Dios las ha creado con más conectores cerebrales, les proporcionó también un sentido, o una intuición, sobre las cosas. Y mientras que al hombre se le ha dado la libertad de tomar la decisión final, como cabeza del hogar, ese rol debería tomar plenamente en consideración el grado total de colaboración que necesita de la ayudante que Dios le ha proporcionado.

Parte del rol como cabeza del hogar consiste en admitir que tiene cerca a una persona que le entiende, y que puede ofrecerle una perspectiva que, de otro modo, no tendría. Por consiguiente, cualquier hombre que no recurre a su cónyuge en busca de su mente, sus habilidades, su formación y sus dones, es un necio.

Ahora bien, esto no quiere decir que Dios no añada cierto grado de diversión durante el camino. No me malentienda. El matrimonio también ofrece compañerismo, unión sexual y procreación. Pero el propósito primario del matrimonio, que descubrimos en Génesis, es ofrecer plenamente todo lo necesario para que la humanidad cumpla su misión: «señorear».

El matrimonio es una unión de pacto destinada a fortalecer la capacidad de cada cónyuge para gobernar la esfera en que Dios les ha colocado. Por medio del principio de la trascendencia, Dios ha establecido el marco para esta unión: la libertad para señorear dentro de los límites que Él ha establecido. Dentro de este marco hallamos una gran libertad y una gran autoridad, y cuando usemos estas cosas descubriremos que nuestras decisiones realmente tienen su importancia.